



QUERVO

Cuadernos de Cultura

De
«UN CATALOGO DE DESAPARICIONES»
por
José Miguel Arnal



Abril 1982

VALENCIA

100pts.



QUERVO
Cuadernos de Cuervo
Separata núm. 3
Abril - 1983

Dibujo de la portada: Brigitte

Editor: Pablo Echea,
Isabel Gardiol



Impreso en
C/Actor Llorens, 11. Bajo
Tel. 3.61.05.46
VALENCIA

DEPOSITO LEGAL N.º V-833-1982

*Es mi buen amigo
este primer ejemplar de mi primer libro.*
Pablo Echea

DE
«UN CATÁLOGO DE DESAPARICIONES»
(Dos variaciones)
por
José Miguel Arnal

*«Incansables fraguamos la huida imposible, la
desaparición completa, la de nunca haber existido.»*

(H. Matthewson)

«Nada nos dice adiós. Nada nos deja.»

(J. L. Borges)

«Incompleta fragmentos la vida imposible, la
desaparición completa, la de nunca haber existido»

H. Maitland

«Nada nos dice nada. Nada nos da»

U. L. Borg

LAS INSENSATAS Y EXACTAS PASIONES DE MME. L

pres del pánico a generosas invasiones, aturda, buscó refugio
entre las ruinas de su deteriorada memoria lingüística. Olvidada
del mundo, distanc, construyó solitaria, rito. Pretend, inclu-
so, haber alcanzado, si bien que breves, apariciones. Sumida
en las sombras profundas de su aislamiento. Adquirió fama de
excéntrica, de bruja, de brujas para algunos. Ideó fracasos,
liturgias que luego reestructuró con meticulosidad dadas y que
abusiva, más siempre insuficiente. De la repetición hizo su
método. Y tras de tan enormes como vanos esfuerzos por hallar el
camino que sólo en un sentido se recorre, Mme. L. tomó
finalmente el rumbo de sus ojos. En algún momento, tardío por
cuanto su aislamiento era casi completo, se evidenció su ausencia.
Más allá, lejano, un lugar sin nombre, sin historia. Queda el
recuerdo de lo que nunca fue. Y su leyenda, pues antes de
internarse, solitaria, en la ruta desconocida, en su umbral mismo,
dejó el relato añejo y cauteloso a un tiempo de sus memorias
futuras, oculto bajo la piedra oscura de la anclada donde ocho
caminos ignorados propuestos se queda alternativa. Una mudas
más allá del silencio que advierte lo irreversible de la elección.
Manuscrito extraño, plagado de signos indecifrables cuando no
simplemente ilegibles, y que, por raras y aparentemente fortui-
tos, pero sucesivos, movimientos que más tarde y si en ello el
tiempo no termina, relatari halló. Llegado yo mismo al lugar de
su extravío definitiva.

El estado del libro era lamentable. Maltratado por el paso del
tiempo y caprichos imperiosos que el propio texto con la
precisión de toda profecía exacta refería con minuciosidad
cahuberante y caótica. Tal estado de deterioro unido a lo
complejo de su escritura —en ella se combinaban armoniosamente
diferentes lenguas europeas, runas celtas y arcanos alquímicos
y de la Antigua Ciencia— hicieron de su lectura una laboriosa
tarea. Reconstruyendo, por un lado, con la mayor exactitud

LAS INSENSATAS Y EXACTAS PASIONES DE MME. LQUE

presa del pánico a generosas invasiones, aturdida, buscó refugio entre las ruinas de su deteriorada memoria lingüística. Olvidada del mundo, distante, construyó soledades, ritos. Pretende, incluso, haber alcanzado, si bien que brevísimas, apariciones. Sumida en las sombras practicó el sonambulismo. Adquirió fama de excéntrica, de loca, de bruja para algunos. Ideó fracasos, liturgias que luego reconstruía con meticulosidad dudosa y quizás abusiva, más siempre insuficiente. De la repetición hizo su método. Y tras de tan enormes como vanos esfuerzos por hallar el camino que sólo en un sentido se recorre, Mme. L tomó finalmente el rumbo de sus ojos. En algún momento, tardío por cuanto su aislamiento era casi completo, se evidenció su ausencia. Más allá, lejano, un lugar sin nombre, sin historia. Queda el recuerdo de lo que nunca fue. Y su leyenda, pues antes de internarse, solitaria, en la ruta desconocida, en su umbral mismo, dejó el relato audaz y cauteloso a un tiempo de sus memorias futuras, oculto bajo la piedra oscura de la encrucijada donde ocho caminos ignorados proponen su muda alternativa. Una mudez más allá del silencio que advierte lo irreversible de la elección. Manuscrito extraño, plagado de signos indescifrables cuando no simplemente ilegibles, y que, por raros y aparentemente fortuitos, pero sucesivos, movimientos (que más tarde y si en ello el tiempo no termina, relataré) hallé, llegado yo mismo al lugar de su extravío definitivo.

El estado del libro era lamentable. Maltratado por el paso del tiempo y cataclismos imprevisibles que el propio texto con la precisión de toda profecía exacta refería con minuciosidad exhuberante y caótica. Tal estado de deterioro unido a lo complejo de su escritura —en ella se combinaban armoniosamente diferentes lenguas europeas, runas célticas y arcanos alquímicos y de la Antigua Ciencia— hicieron de su lectura una laboriosa tarea. Reconstruyendo, por un lado, con la mayor exactitud

posible los pasajes mejor conservados y, por otro, divagando, tratando de establecer conexiones y divergencias, en ejercicios de precisa imaginación. Adivinar, es decir, leer. Absorto en la inmovilidad del inquietante relato, dediqué a su exploración un tiempo imprecisable, recorrí incansable cada uno de sus innumerables caminos, aceché en sus recodos ocultos, conocí todos sus lugares inexistentes y el nombre de sus límites me reveló existencias de una ambigüedad apenas soportable. Me extravié cien veces en sus desérticos laberintos (tal vez aún no haya salido de ellos, tal vez desde ellos escribo este falso y apócrifo relato) en el intento de trazar, o hallar si es que de alguna manera existía, el hipotético, el imposible y único camino que los recorriera a todos. Y ello con la impasible y serena desesperación que proporciona toda empresa que se sabe irrealizable o, al menos, interminable: la búsqueda de una marca, o su resto, del camino a seguir de entre los siete que a mi vista se ofrecían, silenciosos, guardianes de su secreto.

(CUIDADOSA FALSIFICACIÓN DEL MANUSCRITO HALLADO BAJO LA PIEDRA Y CUYO TÍTULO ASÍ RECONSTRUI: «MEMORIAS PERDIDAS DE MME. LA QUIEN TRAS INCONTABLES ESFUERZOS POR SU DISOLUCIÓN PRIMERA, EL MAR POR FIN VENCIO, MARCANDO SUS DERIVAS») (...).

En nada ayudó el relato a resolver mi incierta situación. Por el contrario, lejos de ofrecerme la clave sobre el camino a seguir, el excesivo tiempo que su difícil desciframiento y reconstrucción me ocupó, junto al absoluto extravío de la inteligencia que su lectura me provocara, me hizo olvidar cual de los ocho caminos que allí concurrían me había llevado días antes al lugar de su multiplicación. Lo cual, eliminado el recurso último del retorno, a la espera de circunstancias más propicias y posteriores desvelamientos, conducía mi situación a lo irremediable. Al amanecer tomaba la ruta del sol. Reanudé pues mi marcha tras una sombra. Tras de

mí quedaron siete brazos anudados en el hilo inexistente de su escritura nunca recorrida. Hasta ayer viví. Hoy escribo la historia de ese estrangulamiento que me llevó, tal vez, a la muerte.

(aquí el manuscrito se hace ilegible por completo y en una extensión que ocupa la mayor parte del mismo).

Mucho tiempo después. Un nuevo y no menos audaz o insensato viajero llega al lugar de mi pérdida. Una soga pende sobre la piedra oscura y su sombra al amanecer señala el camino. Pero algo ha cambiado profundamente, algo que redime o sencillamente oculta para siempre el secreto de aquel lugar maldito. El cuerpo del ahorcado ha desaparecido y con él, el relato misterioso que en sus ojos agónicos YO HABÍA LEÍDO.

... posible los puntos mejor conservados y, por tanto, en el
 de los que se encuentran en el lado izquierdo de
 en los que se encuentran en el lado derecho de
 historia de ese establecimiento que me llevó tal vez a la
 momento. El tiempo imperioso, sobre todo cuando cada uno de sus
 para el momento se hace imposible por completo y en una
 situación que ocupa la mayor parte del día.
 tiempo libre después de la noche y no pocas veces
 momento visto desde el lugar de mi partida. Los días que
 hacia la parte oculta y se compra el camino hacia el campamento.
 fue algo de cambio de procedimiento, pero una vez
 sencillamente oculta para siempre el secreto de aquel lugar
 maldito. El cuerpo del aborígenea ha desaparecido y con él
 ODIA HABLA OY HABLA LEIDO. En sus días de
 intencional: la búsqueda de una marca, o su rostro, del camino a
 seguir de entre los siete que a mi vista se dirigen, silenciosos,
 guardianes de su secreto.

(CUIDADOSA FALSIFICACIÓN DEL MANUSCRITO HA-
 LLADO BAJO LA PIEDRA Y CUYO TÍTULO ASÍ RECON-
 TRUI: «MEMORIAS PERDIDAS DE MME. L. A. QUIN
 TRAS INCONTABLES ESFUERZOS POR SU DISOLUCIÓN
 PRIMERA, EL MAR POR FIN VENCIO, MARCANDO SUS
 DERIVAS») (...)

En nada ayudó el relato a resolver mi incierta situación. Por el
 contrario, lejos de ofrecerse la clave sobre el camino a seguir, el
 excesivo tiempo que su difícil desciframiento y reconstrucción me
 ocupó, junto al absoluto extravío de la inteligencia que su lectura
 me provocara, me hizo olvidar cual de los ocho caminos que allí
 concurrían me había llevado días antes al lugar de su multiplica-
 ción. Lo cual, eliminado el recurso último del retorno, a la espera
 de circunstancias más propicias y posteriores desenvolvimientos,
 conducía mi situación a lo irremediable. Al amanecer tomaba la
 ruta del vol. Reanudé pues mi marcha tras una noche. Tras de

«Embriaguémos de color el suave descomponer».

Algo distante al hermetismo acostumbrado, aún cuando mantuviera el misterio en su apariencia simbólica, repitiere su encanto.

Palabras ahora frívolas y acariciadoras, mullidas y delicadas como los estudiados movimientos de nuestra adorable Bertha.

Hasta aquí, si siempre antepuso la obra —pase a ello Nathanael existió—, la primera, la palabra muda que furiosa muestra su desnudez y es grito.

Por entonces le apasionaban las flores.

(disgresión sobre nuestro personaje: pasiones, convicciones, obsesiones duraban en él lo que el gesto de su captura simbólica, literaria, espíritu múltiple y escéptico, el mundo y su conocimiento le intervenían en tanto que juego, que aventura, de ocurrencias propias, inexorable. La multitud de los deseos, de las cosmologías, de los cuerpos ocupaban momentáneamente su interés al ritmo de sus estrofas. Siempre el mismo debate, las mismas aporías, y siempre su obstinada negativa a toda elección.)

Por entonces le apasionaban las flores, la insolente fugacidad de su belleza, su variedad ilimitada, imagen de otro infinito. Flores orgullosas, flores avaras de su hermosura, flores humildes como la violeta, flores marchitas, flores malignas como el tedio, flores desahucadas como el mundo, flores mágicas, flores desconocidas...

«Embriagaban de color el suave descenso».

Algo distinto al hermetismo acostumbrado, aún cuando mantuviera el misterio en su apariencia simbólica, repitiera su encanto.

Palabras ahora frívolas y acariciadoras, mullidas y delicadas como los estudiados movimientos de nuestra adorable Bertha.

Hasta aquí, él siempre antepuso la obra —pese a ello Nathanäel existió—, la primera, la palabra muda que furiosa muestra su desnudez y es grito.

Por entonces le apasionaban las flores.

(disgresión sobre nuestro personaje: pasiones, convicciones, obsesiones duraban en él lo que el gesto de su captura simbólica, literaria. espíritu múltiple y escéptico, el mundo y su conocimiento le interesaban en tanto que juego, que aventura. Su vocación proteica, inagotable. La multitud de los deseos, de las cosmologías, de los cuerpos ocupaban sucesivamente su interés al ritmo de sus estímulos. Siempre el mismo debate, las mismas opciones, y siempre su obstinada negativa a toda elección).

Por entonces le apasionaban las flores, la insolente fugacidad de su belleza, su variedad ilimitada, imagen de otro infinito. Flores orgullosas, flores avaras de su hermosura, flores humildes como la violeta, flores marchitas, flores malignas como el tedio, flores desorbitadas como el mundo, flores mágicas, flores desconocidas...

Y así fue que su habitual y decidida apatía se consagró en exclusiva a la construcción y cuidados de un jardín tras las altas tapias de la vieja mansión familiar levantada por su abuelo con los finales del siglo y los comienzos de su fortuna. Y digo jardín por ciertas relaciones más bien fortuitas y remotas con lo que normalmente se conoce con tal nombre: ocupar el espacio antaño dedicado a tal fin, la presencia de flores, y ciertamente aquí acaba toda posible analogía. Más así fue como Nathanäel lo bautizó y, en cualquier caso, de alguna forma habría que referirse a aquel impensable amontonamiento de oquedades, flores, glifos, alimañas, grabados, estancias, reproducciones, duendes, metáforas, esmeraldas, mapas zoológicos, tesoros ocultos, juegos, ojos solitarios, conjuros, fantasías talladas en lenguas desconocidas, complejas e inservibles maquinarias, trabalenguas, caminos en sortijados, darimenes, ficciones, estifes y fetiches delirantes. Decía amontonamiento, y tal era la impresión que podía causar a primera vista. La obra de un loco que se hubiera dedicado a acumular los más heterogéneos objetos alrededor de una especie de laberinto. Y sin embargo, una vez en su interior, una suerte de orden por momentos de un rigor excesivo a la razón lógica, parecía emanar del conjunto. La obra de un loco, quizá, pero de un loco riguroso en su delirio.

Durante días y meses se entregó frenético a su invisible labor. A nadie le fue permitido visitarlo hasta estar completamente finalizado, e incluso entonces sólo a muy determinadas personas les fue autorizado hacerlo. Edificó sus lugares, nombró sus límites, se extravió en los laberintos que él mismo había proyectado. Imaginó refugios inexistentes. Afirma, incluso, haber protagonizado todas las posibles aventuras de este universo disparatado. Lo cual no obsta, siempre según la lógica de su discurso, que él mismo se refiera inmediatamente (él nunca temió la apariencia de contradecirse) a los muchos misterios todavía por descubrir entre sus numerosos rincones inexplorados.

En este tiempo su aislamiento fue completo. Su ausencia del mundo, abusivamente comentada.

Expectación desorbitada produjo el fin de su voluntario exilio. Su insolente entrada en la Gran Fiesta de Otoño, escándalo y perplejidad en una murmurante mayoría; pasión e inesperada

complicidad en unos pocos, desconocidos. Nadie quedó indiferente. Su regreso al mundo fue brillante. Su desenfadado y sutil flirteo con Bertha, su rara habilidad en las más insólitas desapariciones. Practicó encantamientos. Convirtió su distante o fingida melancolía en la actitud de moda.

Por entonces ofreció al público sus «Memorias», un proyecto de autobiografía falsa acogido por sus devotos como dogma y liturgia del diletantismo y el espíritu decadente.

Conocí a Nathanäel en alguna esquina del primer capítulo de su libro donde él había acudido por necesidades de sus propias introspecciones narrativas. Yo exploraba por entonces las posibilidades miméticas del lenguaje. Un encuentro irrepetible. Sellamos nuestra amistad con un nombre que olvidé. Juntos avanzamos por los más desconcertantes caminos, elaboramos sonidos inexistentes, abusivos, casi impronunciables; sistemas de lenguas calidoscópicas cuyos últimos significados nunca conseguimos precisar. Asistimos a los relatos más exhuberantes.

Por bastante tiempo compartimos la casa a la que me he referido, en la Rue Saint Sans. Allí fraguamos la mayoría de lo que, con algo de eufemismo, denominábamos nuestros juegos.

Cierta noche de insomnio y hastío mutuo convenimos en abandonar la ciudad por una temporada. A nadie comunicamos nuestra marcha. Una habitación doble en un solitario refugio de montaña. El primer día nos fascinaron los riscos pelados, el vértigo de las alturas, el vuelo emparejado de las águilas en busca de su presa, la precisión de su caída en la captura. Programamos excursiones a las que invariablemente renunciábamos en el momento de la partida, para acomodarnos al calor de la lumbre y divagar melancólicamente sobre la infinitud inabarcable de los temas. Sólo las noches nos aportaron nuevos conocimientos. Aprendices de astronomía, dimos en alcanzar la superior ciencia de los astrólogos.

Pero los espacios abiertos nos agobiaban. Es difícil meditar, siquiera conversar, ante el artificioso decorado de la Naturaleza. Al quinto día volvíamos a la ciudad.

El regreso nos deparó una ingrata sorpresa. Nadie, al parecer, había advertido nuestra ausencia. Más lo que en principio tomamos como ofensa a nuestra bien fundamentada soberbia,

determinó finalmente un afianzamiento en nuestras posiciones. Un proyecto de soledad no conlleva necesariamente el aislamiento.

De nuevo en casa, reanudamos nuestros experimentos. Por mejor observarnos, duplicamos nuestros cuerpos en clorilato. A tales dobles hacíamoslos acudir en ocasiones a fiestas y espectáculos en nuestro lugar y preciso es decir que siempre cumplieron su —nuestro— papel a la perfección.

Elaboramos por entonces decenas de complejísimos sistemas nemotécnicos articulados entre sí y perfectamente inaplicables. Estrijamos sufumbres.

Algunas tardes paseábamos despaciosamente por el parque lindante con el jardín y al que teníamos acceso directo por la portezuela trasera de éste. Habitamos bosques, sueños —incluso ajenos—, sofismas irrefutables.

Cuando, llegado el verano, al calor de la noche las sombras nos destilaban, comentamos abstracciones, fugas, patologías desmedidas que intentábamos imitar.

Reprodujimos todos los ritos, todos los fracasos, todas las invocaciones. Practicamos la esgrima. Rasguños leves y ágiles los brazos.

Un ambicioso programa de adiestramiento desarrollado con rigor minucioso. A la medida del objetivo propuesto y su enorme dificultad que no ignorábamos. Comenzamos a sentirnos preparados.

Algunos de mis más queridos recuerdos datan de aquella época, también mis visiones más hermosas. Patizamos todos los parajes, «todos los nombres de la historia».

Llegado el momento decidimos fritizarnos. El resultado, un fracaso. Pero también ello estaba previsto. Bertha presenció la inédita y delicadísima operación. Los cables mayestáticos, horas, desidias y conexiones galvanoplásticas. El cielo raso plagado de encantamiento. La multitud de arcanos y signos herméticos ardua y cuidadosamente cifrados apenas dejaba a Bertha entrevernos en nuestra lejana posición. Presintió algo e intentó disuadirnos. En vano. Cómo detener a dos niños febrilmente embarcados en la más excitante de las aventuras. Nunca salimos de ella y hasta hoy nuestros cuerpos se mantienen confundidos. Conocí el amor

de Bertha en su última mirada. Había algo mágico en ella, radiante, magnetizó la atmósfera, alcanzó nuestros ojos y los abrazó de una ternura indecible. Mimaba nuestra última travesura. La única lágrima que deslizó su mejilla marcó mi rostro para siempre. Ni Nat ni yo lloramos la separación pero ambos supimos que la amábamos.

de fiesta en su último día...
...y los
...nuestro
...el mundo
...y a los
...el mundo
...y a los

Elaboramos por medio de
...entre sí y
...Entonces

Algunas veces pasábamos
...y al que
...Habitamos
...a veces

Cuando, llegada la noche,
...destellos,
...formas
...que

Reproducimos con los ojos,
...invocaciones,
...Esquemas
...y agiles

Un ambiente
...rigor
...y en
...dificultad
...preparados

Algunos de mis
...época,
...más
...Patrimonio
...de la

Unos al momento
...El resultado,
...ya
...operación.
...Los cables
...de
...La multitud
...y a
...nuestra
...Presencia
...en la
...y hasta
...nuestro



Este "Catálogo de desaparecidos"
de José Miguel Arsal se editaron
quinientos ejemplares en la
Carpintería OCTAO
de
VALENCIA



De este "Catálogo de desapariciones"
de José Miguel Arnal se editaron
quinientos ejemplares en la
Copistería OCMO
de
VALENCIA